

Su intención es lograr una exposición de la celebración eucarística que, partiendo de la liturgia, hace ver su trasfondo teológico para advertir la implicación vivencial que tiene la celebración para el cristiano. Se trata, pues, de un libro de «espiritualidad litúrgica». Y aquí viene bien advertir algo sin duda conocido: no se trata de una espiritualidad posible entre otras, o alternativa frente a otras, sino la fuente sacramental de toda espiritualidad cristiana. En realidad, era la cultivada por los Padres de la Iglesia, cuando desentrañaban el profundo contenido de la vida sacramental como vida en Cristo por el Espíritu Santo hacia el Padre. Piénsese en la obra «La Vida en Cristo» de Nicolás Cabasilas: la verdadera transformación en Cristo ocurre en los Santos Misterios. La vida espiritual del cristiano es la vida en el Espíritu Santo, cuya acción en los sacramentos nos asimila al Hijo encarnado y, por Él, tenemos acceso al Padre. Los ejercicios ascéticos, la renuncia y la oración constante son necesarias para conservar la gracia sacramental cristiconformante. La vida cristiana se enraíza, por tanto, en la comunicación y participación en el misterio pascual de Cristo por medio de la celebración sacramental de la Iglesia.

A partir de esta realidad la existencia cristiana se despliega como vida de honda percepción de Dios, de profunda experiencia de su presencia trinitaria en el cristiano. Alimentado del acontecimiento de la celebración sacramental, el cristiano desarrolla su vida diaria como «liturgia» constante de alabanza y adoración al Padre por Cristo en el Espíritu Santo, y como testimonio dado al mundo de las maravillas de Dios. «La Liturgia, por cuyo medio “se ejerce la obra de nuestra Redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fie-

les expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia» (Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 2). Se abre así ante el cristiano una nueva vida de comunión con Dios, con los hombres y con el mundo. Un mundo y una historia humanas que reciben también, con los sacramentos, el germen de la transformación definitiva, cuando Dios sea «todo en todos». A todo esto quiere servir el libro de Arocena.

El Autor recorre los diversos momentos de la celebración: la liturgia de la Palabra, la liturgia Eucarística, la liturgia de la comunión. Desgrana el contenido teológico-litúrgico de cada una de las acciones del sacerdote y de la asamblea. Late una adecuada valoración de la oración litúrgica como oración de Cristo y de su Cuerpo, la Iglesia. El lector quedará gratamente sorprendido de la riqueza «espiritual» de una celebración bien preparada y vivida.

José R. Villar

Franco ARDUSSO, *Magisterio eclesial*, San Pablo, Madrid 1998, 304 pp., 21 x 13, ISBN 84-285-2034-8.

La presente obra es la versión española del libro de F. Arduzzo, aparecido originalmente en la colección «Universo teología», de San Paolo. La editorial San Pablo lo ha incluido en su propia colección «Teología siglo XXI».

Arduzzo comienza su libro afirmando que no revela nada nuevo, pero que no todos están informados de las cuestiones actuales en torno al magisterio. Su objetivo es precisamente proporcionar una información de cómo se plantea en nuestro tiempo todo lo relacionado con el magisterio eclesial.

La obra consta de 13 capítulos. De hecho, aunque el autor no propone dos partes, existen en su obra: los ocho primeros capítulos se centran sobre todo en cuestiones actuales en torno al magisterio. Tras los breves capítulos iniciales sobre la relación de la revelación con la Iglesia, la Escritura y la Tradición, el *sensus fidei*, Arduzzo se ocupa del conflicto entre el magisterio y los teólogos. A partir del capítulo 9 comienza la que hemos llamado segunda parte. En ella predomina la exposición más o menos doctrinal de las cuestiones teológicas y disciplinares clásicas que acompañan al magisterio, como los modos de su ejercicio, el magisterio del Papa, el objeto de competencia del magisterio. No quiere esto decir que la separación sea tajante: en los ocho primeros capítulos aparecen también aspectos doctrinales, como no puede ser menos, en tanto que en los cinco últimos no están ausentes las referencias a las discusiones actuales. De todos modos, creo que el libro hubiera tenido un tono y orientación más acertado si se hubiera comenzado por los capítulos 9 y siguientes, en los que se podría incluir algunas ideas de los tres breves primeros capítulos. Después hubieran tenido sentido los capítulos 4-8.

Una idea en la que insiste Arduzzo es la que viene ya recogida en el Vaticano II: el magisterio eclesial no es superior a la Escritura ni a la Iglesia. De ello no se concluye la posibilidad de apelar a la Escritura o al *sensus fidei* frente al magisterio, sino la necesidad de que éste se mantenga atento siempre a la revelación y a la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia.

Junto a ese principio, el autor se propone como objetivo evitar a la vez el maximalismo, es decir, los excesos del magisterio, y el mimimalismo, que viene a representar la falta de acogida sufi-

ciente de ese magisterio por parte de algunos teólogos. A propósito de esta última cuestión se ocupa abundantemente de la problemática del magisterio ordinario y, más concretamente, del magisterio sobre cuestiones morales (sobre todo de moral sexual) y de la distinta acogida de este magisterio por parte de algunos teólogos.

La postura que defiende el autor desea encontrar un equilibrio: por un lado, se debe aceptar la autoridad del magisterio; por otro, insiste en que, en ese campo concreto, hay muchos problemas y es necesario entender lo que dicen los teólogos que se distancian de esa enseñanza. Me temo, sin embargo, que al final no queda del todo clara su posición al respecto, ya que defiende el magisterio de la Iglesia en general, pero al llegar a las normas morales concretas no va más allá de reconocer que el magisterio puede «pronunciar, aunque no siempre con valor absoluto, una palabra iluminadora sobre estas cuestiones. La tarea más importante del magisterio, que puede señalar normas éticas precisas, debe sobre todo presentar el espíritu de Jesús, los valores que Jesús encarnó en su vida y en su enseñanza» (p. 282). Por ello, no queda totalmente claro si, para Arduzzo, en el terreno moral y particularmente en el de la sexualidad, puede el Magisterio señalar normas éticas concretas (de las llamadas categoriales) o se debe limitar a ejercitar la función de consejero. Se trata de una cuestión particular, sin duda, pero de la respuesta que reciba depende mucho para la comprensión teológica y eclesial del magisterio.

En la edición española se ha introducido una errata que el lector debe tener en cuenta para no sorprenderse. En la p. 93 debe leerse «*Humanæ vitæ*» en lugar de «*Humani generis*».

César Izquierdo